

# En el áspero espacio de la duda

Conversación con Jorge Ruiz Dueñas

Gabriel Trujillo Muñoz



*Jorge Ruiz Dueñas, colaborador de Casa del tiempo y profesor fundador de la Universidad Autónoma Metropolitana, autor de una amplia bibliografía que abarca la poesía, la narrativa y el ensayo, comparte el camino que lo llevó hacia la literatura, boceta una cartografía de sus lecturas y sus autores y emprende un viaje alrededor de su obra y sus entresijos.\**

*¿Qué te llevo a la escritura poética?*

La escritura era una inclinación que venía desde la primera infancia: el inexplicable gozo de las letras rebosando una gran resma de papel de estraza; la misteriosa formación de las sílabas y las palabras unidas para formar pensamientos que explicaban el cosmos. Pero el reclamo formal de la escritura me vino a los dieciséis años con gran intensidad en unas vacaciones invernales en Ensenada. Sin embargo, después, en la Universidad Nacional encontraría espacio para desarrollar la vocación, pero no estudiando formalmente literatura, sino en el periodismo cultural mientras la poesía era un ejercicio moroso que fluía en momentos inoportunos y desconcertantes: en las aulas, bajo la lluvia, en la vida cotidiana que fluía ante mis ojos. Incluso oficiando como secretario de León Felipe, absorto por la experiencia de la guerra y el exilio. En mi generación y aun después, fueron escasos los escritores y poetas con estudios académicos en la materia. Usualmente intentaban otras formaciones que, generalmente, abandonaban. Ese fenómeno es igual en Iberoamérica. Sin embargo, no es sólo intuición. Todo pasa por el tamiz de la lectura que es una forma de conocimiento del mundo a través de sensaciones preservadas mediante el lenguaje escrito. Se escribe para perpetuar pero se lee para conocer el mundo.

*¿Qué te hizo poeta?*

Por un lado una inclinación casi misteriosa hacia la lírica, desde una perspectiva intimista, a pesar de haber sido formado de manera no intencional para

\*Una versión más extensa de esta entrevista será publicada en un libro de próxima aparición.

la narrativa. La poesía programática no es mi práctica, porque mis formaciones en ciencias sociales me han permitido foros para expresar mis opiniones sobre la sociedad y sus infortunios. Por otro lado, como antes mencioné, por las lecturas y la empatía. Pero hay muchos y mejores lectores que yo en cuanto al conocimiento de autores, movimientos literarios, formas y estilos clasificados con el fino escalpelo de quien examina, como en la *Lección de Anatomía* de Rembrandt, los órganos literarios de un cuerpo múltiple y en cierta manera amorfo. Nada puedo agregar. Apenas si me atrevo, no sin rubor, a confesar la experiencia de un periplo personalísimo, como el flujo de un pensamiento marginal de un hombre marginal que a veces escribe una literatura marginal.

*De tus primeros versos a los actuales, ¿qué ha cambiado en tu forma de escribirlos? Hoy en día, ¿cuál es tu relación con el lenguaje poético, con lo que quieres decir mediante tu poesía?*

Como la sentencia de Paul Valéry, ningún poema se termina, sólo se suspende, y de alguna manera, sigo escribiendo mi “carta de rumbos”, como aparece resumido y yo condenado por Javier Sicilia en su introducción a la reunión de mis primeros treinta años de poesía (1968-1998). Algunas formas cambian, para regresar a ellas de manera involuntaria. Poco hay de nuevo que no se haya escrito o dicho antes, bajo los auspicios de la búsqueda interior o formal. Los motivos, las imágenes, todo parece retornar en una espiral que pretende ser ascendente, un tornaviaje perpetuo. El lenguaje tiende a expandirse, pero sobre la misma ruta descubre uno, como decía Álvaro Mutis, que la palabra es insuficiente.

*Escribes poesía, ¿para qué? ¿Para quién?*

El poeta Francisco Cervantes tituló *Cantado para nadie* a una de sus obras. Debo comentar que Gabriel García Márquez decía que los títulos de Cervantes eran de lo más sorprendente y eficaces. Puedo suscribir su dicho. Pero, también, tener presente la inquietante pregunta de Hölderlin: “¿Para qué poetas en tiempos de miseria?”. Y, sin embargo, de nuevo debo decir: en el

áspero espacio de la duda, donde, de manera voraz, la palabra, el ritmo, la imagen, la verdad literaria, parecen perder su certidumbre inmoladas por el pudor y la inquietante sensación de los cainitas, siempre encuentro refugio en la sabiduría de Enrique Molina y en su plan para el olvido: “se ama todo lo viviente, pero con tal intensidad que ese amor no desdeña lo que muere, lo ya extinguido, porque lo que alguna vez vivió en nosotros sigue siempre aferrado a nuestro ser de una manera irreparable”. Y entonces, sólo entonces, tengo la certidumbre de la complicidad del poeta con la vida, que es, tal vez, su único destino. El hombre sólo puede aspirar a un puñado de verdades personales.

*¿Qué clase de poeta eres según tu propio criterio? ¿Cómo defines tu obra poética en el contexto de la poesía bajacaliforniana, mexicana, actual?*

Creo que no hay clasificaciones cerradas para los poetas. No pienso en contextos regionales de manera uniforme. Sin embargo, a varios poetas mayores, amigos a quienes debo mucho, como Enrique Molina, Lêdo Ivo, Álvaro Mutis, Gonzalo Rojas, Eugenio Montejo e incluso Rubén Bonifaz Nuño, yo les parecía un poeta “poco mexicano”. Quizá los temas, las obsesiones, el manejo de la metáfora o la ausencia de ella, los encabalgamientos, la coincidencia con aspectos conceptuales, visuales o corrosivos. Todo genera una idea sobre la creación ajena que puede o no ser una perspectiva coincidente con la realidad interior que motiva ese juicio de valor. Sin embargo, prevalece la taxonomía asignada sobre la opinión del poeta. Pero eso poco nos debe preocupar.

*Frente a otros géneros literarios, como la narrativa o el ensayo, la poesía en Baja California ¿qué da a sus lectores?, ¿qué aporta a la fiesta de la palabra?, ¿qué temas domina? ¿Qué lenguajes alienta?*

Creo que es una literatura de múltiples tonos. Con frecuencia recurre al fenómeno del límite territorial, lingüístico, cultural en sentido amplio, o a la formación de un espacio nuevo trasgresor de fronteras que en realidad tiende a la búsqueda de una identidad. Hay un apetito legítimo de pertenencia, de definición de un

espacio propio, del nosotros ante los otros. Pero esa otredad terminará por coincidir en los temas universales de la literatura, cuando va más allá de la angustia existencial y, por demás, legítima.

*En términos de libertad expresiva, de experimentación verbal, de rigor imaginativo, ¿cómo ves la situación de la poesía bajacaliforniana del siglo XXI? ¿Qué le falta y qué le sobra? ¿Cómo te ubicas en ella?*

Me parece temerario hacer juicios de valor de una realidad que está frente a nosotros. Es una experiencia vital lo suficientemente cerca como para poder distinguir el bosque en medio de tantos árboles robustos, y decir que hay carencias. Lo importante, a mi juicio, no es saber si nos manejamos como manada o como lobos esteparios, sino construir de acuerdo con nuestra verdad interior, a la manera de los heterónimos de Pessoa. He leído páginas que insisten en una supuesta escena de los años cincuenta, escrita por quienes no habitaron en ese periodo y no corresponden con la realidad que yo viví en Tijuana en mi infancia, ni al comportamiento de aquellos a quienes yo veía como personajes de una mitología urbana en formación o elementos de su circunstancia (chucos, música estadounidense, esperpentismo, la frontera más visitada del mundo, el infinito fin de semana, la inasible memoria del pasado pleno de lujo y de lujuria muda, los prejuicios del “centro” del país y las realidades sociales de ciudades sin urbanismo). Sin embargo, esas páginas que no coinciden con la microhistoria, no desmerecen en sus méritos literarios ni atributos creativos, porque lo que nos importa no es la realidad histórica sino la verdad literaria.

*Escribir como nativo o residente del norte del país, de la frontera incluso, ¿en qué sentido condiciona tu escritura?, ¿de qué forma reaccionas a esta realidad: evadiéndola, confrontándola, asumiéndola como propia?*

No me siento condicionado por nada. Me parece que el territorio de la literatura es tan amplio como la imaginación. Se puede ser profundamente universal desde la raíz de una ciudad —como Joyce— o inmensamente aldeano, si la materia literaria se rodea de conceptos cosmopolitas donde prevalezca el dogma y

las obsesiones del pasado ruinoso. En mi caso puedo repetir que en la fecundidad de los sentidos he creído encontrar el deslumbramiento, el orden sensorial del mar y del desierto jubiloso, amparado siempre por la seducción telúrica del brazo peninsular de nuestras Californias. Y ese paisaje y su incendio que llega hasta el océano, que es conmoción interior y es casa, me acompaña siempre como sustancia y sustrato, porque como el poema de Alfonso Reyes: “No soy yo quien vuelve, sino mis pies esclavos”.

*¿Las distancias ayudan a comprender mejor tus propios orígenes, a entender mejor los lazos afectivos, sensibles, conceptuales que te unen a la patria peninsular?*

La distancia siempre ayuda a entender o sentir lo que hemos perdido. El reino que nos fue arrebatado por el destino. En mi época de estudiante era común que al reunirnos varios estudiantes mexicanos en Londres, partiésemos en nuestras conversaciones de una hipótesis: que la distancia nos permitía la comparación y, por ello, no sólo apelar a la nostalgia, sino a las falencias de nuestra sociedad. Pero debo decir que mi generación es una en la que pocas personas eran nativas del Estado 29. Se era bajacaliforniano por adopción y destino. Nadie reclamaba en esta tierra de migraciones el acta natal como certificado de amor telúrico. Cancún es un caso similar, donde aún se respeta esa voluntad de ser, como algo inherente a la construcción de una nueva realidad. Una reacción posterior hace surgir un aroma de nativismo, tal como lo vi emerger en el caso de Brasilia en los años ochenta. Esto no es un juicio de valor, sino la consignación de un hecho.

*Las peculiaridades de la poesía de la entidad —clima inhóspito, urbes con distinta personalidad, el espacio fronterizo, la escasez de publicaciones—, ¿cómo influyen en la escritura poética?*

El “clima” inhóspito lo es para la poesía en general, porque es un género poco mediático. Sin embargo, no sólo en la frontera, sino en toda la república, veo generaciones de creadores literarios que no deben partir a la megalópolis para ser conocidos y publicar sus propuestas. Estar *in situ* ha dejado de ser condición suficiente para editar. A ello, en su oportunidad, quise contribuir y algunos

escritores, hoy con cierto renombre, fueron publicados por programas que tuve la responsabilidad de dirigir.

Ya no vivimos en la era de la divinización del poeta, de la sacralización de la poesía. Ahora se escribe desde la cotidianidad de cada quien, desde la realidad de cada uno. La poesía radica hoy en un discurso más directo y personal, en la plaza pública, en las redes sociales, en la democracia de las palabras. ¿Cómo la vives tú? ¿Cómo la difundes al mundo?

*En una sociedad como la nuestra, tan pragmática, tan consumista, plena de modas efímeras, ¿aún hay espacio para la poesía o ésta sigue siendo una actividad minoritaria, un culto académico, una secta protegida institucionalmente pero sin repercusiones en la sociedad en general? ¿Con qué clase de interlocutores cuenta tu poesía? ¿A quién se dirige aparte de ti mismo o del círculo que la frecuenta y practica como creación literaria?*

La poesía es un caminar de ciego porque nunca sabemos qué vamos a encontrar y cuándo iniciaremos un nuevo poema. Sin embargo, la poesía es un sustrato ambicioso de las identidades. Por supuesto, no existe red de protección. Por el contrario, hacer poesía, sobre todo en países como el nuestro, es ejercer vuelos bajo nuestro propio riesgo. La palabra te lleva a una asociación misteriosa, mágica, inclusive brumosa, pero a la vez contundente, de ideas y de conceptos; éstos no se asocian de manera mecánica, pues están dentro de ti, aunque en ese momento despiertan. La interlocución de la poesía es un misterio. Hay poetas que colman estadios o teatros, y los hay de lectura recogida e íntima. La preferencia o el interés inmediato suelen ser una reacción de empatía. Pero no puede ser esta la razón eficiente para escribir. Los poetas sirven para celebrar la vida, contarla e infundirle posibilidades de un mejor destino. Asumirse así, no por ser excluidos sino porque somos diferentes, nos ayudaría a sentirnos como Gordon y Dudorov tras hojear el cuaderno del Dr. Yuri Jivago, cuando les parecía que el futuro se había colocado, tangiblemente, en las calles que se extendían a sus pies, que ellos mismos habían entrado en el futuro y que desde aquel momento se encontraban en él. ■